

Homilía del Miércoles de Ceniza
Catedral Santa María de la Asunción
26 de febrero de 2020

Su Excia. Revma. Mons. Salvatore J. Cordileone

Me da gusto darles la bienvenida a todos ustedes, aquí en Nuestra Catedral de Santa María, en este día tan precioso, tan importante para nosotros como católicos, que es el Miércoles de Ceniza.

Hoy empezamos este periodo de la Cuaresma. Como en cada año, en este día escuchamos estos versos del Evangelio de San Mateo, en los que el Señor nos recomienda las obras que observamos durante la Cuaresma. Pero, en realidad, no son obras únicamente de la Cuaresma, sino que son obras que forman parte de la vida cristiana en general.

Reflexionamos un poquito sobre lo que nos recomienda nuestro Señor. Nos recomienda cómo dar la limosna. No es para la gloria de sí mismo, sino para dar gloria a Dios. Dar la limosna: es una generosidad que uno siente de modo muy concreto, cuando uno da una parte de su dinero. Pero en la visión de la Biblia no es una pérdida de dinero, es una ganancia. Ganancia en el sentido de inversión. Esta idea de que el que da una limosna al pobre es como invertir dinero en el banco celestial, para tener un interés, para hacer crecer el amor de Dios.

La limosna es una obra de caridad. Todas las obras de caridad son así. Si uno da con espíritu de generosidad, para el bien del otro, no de sí mismo; no buscando una ganancia para sí mismo, sino para ayudar al otro. Esto es, compartir el amor de Cristo, quien se dio todo para nosotros.

Las obras de caridad son una parte de la vida cristiana durante todo el año. Pero tienen un énfasis durante la Cuaresma.

Como también la oración. Claro que la oración tiene que ser parte de la vida del cristiano cada día, durante todo el año, durante toda su vida. Pero tiene un enfoque particular durante la Cuaresma; un esfuerzo especial. Si uno por ejemplo no tiene costumbre de rezar el Rosario diariamente, que lo haga durante la Cuaresma, para desarrollar esta costumbre en su vida. También ciertas formas de oración y devociones particulares de la Cuaresma, especialmente el Vía Crucis, donde meditamos en lo que el Señor hizo por nosotros.

Y sobre todo en la vida sacramental de la Iglesia, aprovechar la oportunidad del Sacramento de la Confesión, que es el Sacramento de la Penitencia, que es la tercera obra que nos recomienda el Señor. La penitencia, y de modo particular el ayuno.

El ayuno es más apropiado para la Cuaresma que en otras partes del año.

Pero el espíritu de penitencia es el espíritu cristiano. Buscamos siempre una conversión continua, como hemos rezado durante la oración colecta, al inicio de esta Misa; pidiendo al Señor este espíritu de conversión, es decir, de acercarnos cada vez más a Él.

Tenemos que negarnos ciertas cosas, para abrir el corazón al Señor.

Tenemos que tomar en serio lo que significa el ayuno. Es omitir comer, saltarse una comida durante el día, o negarse a comer algo que nos gusta. Es una penitencia que se siente en forma muy concreta en el propio cuerpo. Es un recuerdo para nosotros que tenemos que dar todo al Señor, que dio todo por nosotros.

Iniciamos entonces este período de Cuaresma: un periodo de gracia, un periodo de amor, un periodo para pedir al Señor su perdón y su favor, para que cuando lleguemos a la Pascua, para celebrar la Resurrección, la vida nueva que tenemos en Jesús, estemos listos, con corazones abiertos, para el amor que el Señor quiere darnos.

Empezamos la Cuaresma con este ritual de las Cenizas, la bendición y distribución de las Cenizas, signo de penitencia. Nos recuerdan el mal, que es el pecado, y que el Señor nos da la oportunidad de la conversión, con la gracia del perdón.